

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Fuerza Vital y Principio Vital. Manifestación y significado en la historia de un paciente (segunda parte)

En la carta anterior habíamos hablado de los principios de la Homeopatía como fundamento de toda la comprensión doctrinaria, metodológica y, sobre todo, la comprensión del ser que sufre y busca ayuda.

En el buen y fiel ejercicio de la Homeopatía clásica se hacen seis diagnósticos que permiten comprender bien al paciente desde el punto de vista corpóreo, dinámico y hereditario, pudiendo anticipar así un verdadero pronóstico no sólo en lo relativo a lo que el paciente sufre en el momento en que se presenta a la consulta sino sobre las posibilidades vitales de su evolución personal psicobiológica y de su enfermedad diagnosticada.

Señalo estos diagnósticos para información general porque normalmente las personas, incluso los pacientes, no los conocen. También para poder hablar poco a poco de ellos con los ejemplos de las historias que iremos presentando en las próximas cartas.

I. Diagnóstico nosológico (el diagnóstico que precisa la medicina oficial). Este diagnóstico señala el tipo de enfermedad reconocible. Enfermedad que puede ser típica

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

o atípica, pero siempre identificable. Ejemplo: bronquitis, hepatitis, tuberculosis, etcétera.

II. Diagnóstico sincrónico. La serie de síntomas en movimiento que todavía no han conformado una patología identificable, la cual puede estar en tránsito e incluso no concretarse. Es por este motivo que se llama “indefinida”. Ejemplo: malestar con dolores articulares, fiebre y catarro con la humedad. O bien, náusea cuando va a trabajar. En síntesis, un grupo de síntomas que no se reconocen en cuadro pre-determinado alguno. A veces, cuando se repiten en modo igual y continuado en muchas personas, se puede identificar un nuevo modo de enfermar o enfermedad “nueva” porque ha alcanzado una demostrada estabilidad. Ejemplo: el Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (Sida).

III. Diagnóstico miasmático. Relativo a la complejidad de la alteración energética activa del paciente concreto, manifiesta en la forma de expresión de su sufrimiento completo, tanto físico como moral. Sufrimiento que está perfectamente organizado pidiendo con total claridad, precisión y exactitud la ayuda terapéutica. Por ejemplo: dolor de cabeza estallante por la noche que le despierta a las 4:00 de la madrugada con angustia mortal y sudor frío en la frente. Es fácil para cualquiera ver el potencial “destrutivo” de esta manifestación.

IV. Diagnóstico integral. Relativo a la herencia del paciente que se manifiesta, tanto desde el punto de vista orgánico como dinámico y psíquico. El reconocimiento de la predisposición patológica del paciente heredada y escrita en su expresión vital. Es decir, el “mensaje del modo de ser” que tendrá en la vida. Ejemplo: abuelo muerto de tuberculosis en la guerra. Padre con tuberculosis a los 30 años. Hijo con tendencia a las bronquitis purulentas desde niño, nieto nacido con un pulmón atrófico. Cada uno con una manifestación personal en algunas cosas semejante por ser hereditaria y en otras muy diferente por ser individual.

V. Diagnóstico individual. Relativo a la comprensión del conflicto existencial en el que nace cada ser humano y su forma de vivirlo. Saber “quién es” el paciente desde su propia historia y quién es desde su patología. Ejemplo: niño nacido de madre alcohólica y padre marino criado con la nodriza. Su forma de vivir el abandono y sus consecuencias.

VI. Diagnóstico medicamentoso. Relativo a la selección provisoria del tipo de medicamento adecuado a la intención terapéutica en el momento de la consulta, de acuerdo con la posibilidad biológica de respuesta del paciente: Ejemplo: si un paciente necesita un medicamento profundo, pero está extremadamente débil en ese momento por motivos familiares, de trabajo u otros, cambia la selección del remedio.

La fuerza vital

En síntesis, un buen médico homeópata clásico sabe qué hace y qué tiene que hacer con su paciente para llevarlo no sólo a la salud sino al cumplimiento de su realización personal posible, si el paciente quiere. La reconocida fuerza vital, manifiesta en todas las culturas (*ka* en el mundo egipcio; *qi* o *chi* en el mundo chino y japonés; *prana* del mundo indiano, etcétera), es la fuerza que cada ser humano recibe en el momento de su nacimiento para desarrollar lo que será su vida. Esta fuerza vital es cedida a cada ser viviente de manera natural por el mero hecho de nacer, o mejor dicho “ser nacido” y formar ya parte de la vida: ese misterio en evolución lleno de fuerza de transformación donde se verifican a la vista todos los fenómenos necesarios para que cada ser se cumpla completamente, es decir, pueda “ser lo que tiene que ser”. Tanto el pez en el agua, como la rosa en el jardín, como el mamut en las praderas, como el orangután en la selva y como un hombre en su pueblo, ciudad o prisión. Tanto en la paz como en la guerra.

La fuerza vital, sin embargo, es recibida de nuestros antecesores y viene inevitablemente con una información de todo lo que ellos han afirmado en su vida, tanto en lo bueno como en lo menos bueno, tanto en lo sano como en lo enfermo. Esta información condiciona nuestra vida, aunque no completamente. Por encima de su herencia está “nuestro propio ser” con una información de nuestra realización trascendente y que va más allá de la herencia personal o cultural. Un ejemplo: un músico genial como Verdi o como Elvis Presley nace en un ambiente completamente campesino y aparentemente sin nada que pudiera despertar la sospecha sobre la extraordinaria fuerza revolucionaria de estos grandes músicos y personalidades. Nuestro propio ser tendrá un modo *sui generis*, irreplicable, propio de ser, concebir, sentir, pensar y hacer la vida, ligado al propio principio vital.

La fuerza vital es una sola cosa con todo lo que conforma a cada ser humano, y son inseparables. Se informan, ayudan y nutren recíprocamente. Todo individuo lleva el mensaje escrito en la carne del cuerpo y del alma, que son una misma realidad y organizan perfectamente lo que cada ser “es”. El mensaje, sin embargo, no es su ser. La fuerza vital es, a la vez, como el cartero y el obrero de nuestra vida, que nos trae las noticias de algún lugar lejano (nuestra verdadera identidad). El código genético informa no de mi “ser” sino de la forma en la que puedo ser lo que me pertenece ser. Es decir, cómo puedo ser y realizar lo que yo soy.

Por lo tanto, ninguno de nosotros puede pasar por alto y olvidar que la vida, a través de la fuerza vital,

cede su mensaje y su soplo para que cada ser utilice todos sus instrumentos lo mejor posible, alcanzando no sólo su conservación sino su realización y cumplimiento total dentro de su propia individualidad.

Como comprobamos todos, las posibilidades de movimiento son amplias, pero no infinitas. Es individual. El principio vital, como todo en el universo, está formado tanto por la continuidad del todo como por la especificidad de cada ser único en particular. Así, nuestro principio vital en nuestro ser participa cotidianamente del misterio de la vida que nos construye y envuelve continuamente, y al mismo tiempo nos informa a cada uno sobre cómo ordenar y desarrollar nuestra vida personal hacia la realización y el esplendor de lo que somos en cada momento. Ese ser que nosotros sentimos que somos, que se nutre y construye con ellos, pero va más allá del principio vital y de la fuerza vital y continúa siendo el misterio reflejado en nosotros de nuestra propia vida.

Pongo ejemplos: el principio vital es el punto de partida del desarrollo de un proceso viviente. Si un ser viviente no tiene el principio musical como un elemento constitutivo de su estructura, quiere decir que le faltan todos los instrumentos para percibir, sentir, comprender, desarrollar y hacer música. Otro ejemplo se refiere al momento en que se despertó la “necesidad imperiosa de hacer”, instante en que nació el *Homo faber* con todo el desarrollo que eso supuso hasta la fecha. Sin el nacimiento del principio no existe la posibilidad del desarrollo de una u otra actividad.

En los últimos siglos, el llamado “imperio de la razón” ha apuntalado la concentración del pensamiento del hombre —y como consecuencia el pensamiento del mundo de la ciencia— solamente en lo que se puede ver con los ojos físicos, tocando la materia. Parecía un acto de inteligencia eliminar todo lo que no se ve, porque si no se ve... no existe. Esta posición no es realista ni vitalista, sino fundamentalmente racionalista, es decir, ligada al querer hacer de la razón humana —que no es el *logos*— un culto de naturaleza religiosa y de poder que constituyese la fuerza rectora de todos los universos posibles.

Como todos hemos visto y constatado, esta posición ha llevado progresivamente a una reducción de la visión de toda realidad. Esta reducción ha afectado por supuesto a la visión y comprensión del hombre, tanto en estado de salud como de enfermedad, excluyendo la mayor parte de su totalidad real e invirtiendo el valor, significado y potencia de acción de los principios de la vida.

Se ha empeñado obstinadamente en hacer partir la vida de la materia, pretendiendo que sea la materia el principio de la vida. La maravilla del descubrimiento del *Big-Bang* como universo material ha excluido todo lo demás sin considerar que el *Big-Bang* del universo

espiritual (lo invisible) no sólo es infinitamente superior y más potente, sino que es lo que “cede el sentido” a toda la materia, lo que la hace verdaderamente vivir y ser “viviente”. El “soplo”. Es decir, le cede el misterio, el contenido y el mensaje de lo que es y lo que puede ser. De ahí la gran emoción y tensión que el hombre siente por “descubrir”.

En concreto, no considerar lo que se entiende por invisible y como consecuencia todo lo que corresponde e informa la fuerza vital, el principio vital y el mensaje invisible de toda vida a partir de la cual se organiza tanto la salud como la enfermedad, ha tenido la consecuencia de reducir al ser humano y al ser viviente a un objeto mecánico que puede ser descompuesto en piezas u órganos y tratarlos uno a uno de manera independiente y desintegrados de su totalidad, de su realidad y de su historia. Es decir, el desastre que vivimos actualmente.

Al querer excluir la vida como misterio insondable dentro del cual el hombre puede ir conociendo poco a poco algunas cosas y apoderándose de ellas para un mejor uso inteligente del desarrollo en todos los sentidos posibles, dando lugar así a una forma de co-creación y realización estructurada en nuestra condición humana, se excluye, queriéndolo o no, la comprensión total y completa de la realidad radical del ser viviente. Decir viviente es decir capaz, cada mínimo elemento, de manifestarse con una propia voluntad activa libre y a la vez ligada al todo.

De esta catástrofe terapéutica se han salvado todas las disciplinas llamadas alternativas y complementarias, queriendo reducir la importancia de su poder terapéutico dándoles este lugar aparentemente secundario dentro del quehacer médico. Sin embargo, la revolución de la Homeopatía clásica ha consistido en demostrar cómo se tiene que hacer para poder elegir el estímulo dinámico justo y necesario en forma metódicamente científica, clara, exacta y precisa, de modo que actué en el modo más semejante y matemáticamente posible a las necesidades que el organismo ha expuesto a través de los síntomas para pedir ayuda eficaz y hacer desencadenar la respuesta curativa de la totalidad del paciente. Ha descubierto, además, la transformación de la materia en energía, desvelando la virtud potencial de cada sustancia natural escondida hasta entonces en su materia en forma peculiar y precisa, es decir individual.

Por eso se ha reconocido a la Homeopatía clásica como la medicina del hombre nuevo, la medicina de la persona.

Ya continuaremos con estas reflexiones. Mientras tanto, un abrazo muy afectuoso.